

En una de sus novelas —«El coronel no tiene quien le escriba»—, Gabriel García Márquez dice: «Octubre era una de las pocas cosas que llegaban». Desde Cristóbal Colón hasta Lenin, pasando por el nacimiento de las Naciones Unidas o de la Falange, son notables los hechos que contribuyen a sacar esa frase de contexto y a volverla independiente, apta, por ejemplo, para servir de punto de referencia. Octubre de 1970, entonces: fin de una década y/o principio de la siguiente, el año fue tan coyuntural como para permitir un repaso de los llamados grandes temas, y el mes, encrucijada, se avino a convocarlos a todos.

**D**ESDE que el físico francés Louis de Broglie certificó que un hecho puede ser falso y verdadero a un mismo tiempo o, mejor, desde que Albert Einstein demostró, con su Teoría de la Relatividad, la relatividad de la teoría, el siglo XX encontró sus más exactos parámetros. Quienes manejan abstracciones —los alquimistas del pasado—, hoy bucean en la verdad; quienes se ocupaban anteriormente de darle vueltas a la realidad para estudiar su revés —los filósofos, los escritores—, hoy se empantanaban en un globuloso mundo abstracto. Unos y otros, en fin, ignoran esa *mass-media*, ese retorno a la tribalización —una cultura viva— cuyo pope más reconocible es McLuhan.

Gracias a lo que ciertos optimistas alaban como superespecialización, la cultura —del empobrecimiento de la palabra, podría titularse este párrafo— se atomizó a niveles tan inhumanos que un filósofo moderno tendría que vivir inmerso en la pedantería para plagiar el «sólo sé que no sé nada», habida cuenta que esa comprobación requiere, aunque sea, conocer lo mucho que se ignora. Y no: una estrecha franja, apenas. La diminuta información —ya no formación— propia. Las hermosas palabras para hipotecar ese presente incomprensible a un futuro idílico.

Y hasta la información, subcultura venida a más, admite, como su génesis, un manipuleo claro. Extrañándola de cierto contexto puede cambiar de signo, auspiciar cosmovisiones diferentes. Por supuesto, la que subsigue es una.

#### A PARTIR DEL HOMBRE

En octubre de 1970, tres filólogos obtuvieron, como premio a sus baluceos detrás de la noradrenalina —un mensajero orgánico—, uno de los Nobel. Simbolizan un año en el que se multiplicaron los rastreos detrás de la verdadera identidad del hombre, una manera más de exhibir ignorancias esenciales.

Sobre 2.000 enfermedades que admite, la medicina alopática —oficialismo terapéutico de Occidente— conoce, apenas, la etiología de 177. A principios de siglo, Alexis Carrel desveló algunos secretos sobre el complejo mecanismo íntimo del hombre. En esta centuria se localizaron también los trabajos de ensanche que tomaban como base los apuntes de un humilde monje hortelano del siglo pasado, Gregor

# LOS IDUS DE OCTUBRE O LA RELATIVIDAD DE LA TEORIA

OSCAR CABALLERO

Mendel, padre de la actual Genética. El respeto por lo infinitamente pequeño adoptó como excusa al átomo y benefició, además, a células, genes, cromosomas.

Se sabe ya que las neuronas del cerebro exigirían un ordenador del tamaño de un estadio de fútbol para ser plagiadas por transistores: aun así —dicen los lucubradores de tan divertidos paralelos— no podrían ser imitadas las delicadas sutilezas que hacen pensar, querer, sentir, a un ser humano. Merced a tales esquemas, Ripley se enseñoreó de la divulgación científica; menos éxito han tenido quienes se preocupan por espiar a la cibernética desde otro punto de vista: un poder asentado en 20.000 millones de dólares, que detenta un accionista mayoritario, USA.

Para auxiliar a Ripley en su tarea catequizadora llegaron fatalismos del tipo: «Hay genes que condicionan cada talento, cada posibilidad». Es decir: se nace, no se hace. O como escribía Samuel Butler en el siglo XVI, una gallina no es sino la forma que tiene un huevo para fabricar otro. Tomando ladrillos tan estrecheces, cierta ciencia-ficción alzó mundos de polietileno poblados por hombres invariables; la astrología o la historieta se confabularon para mirar adelante o atrás, y lo *camp* o lo *nalve* dieron patente artística a un retorno de los brujos que halló su paradigma divulgador en los miles de páginas impresas por Louis Pauwels y Jacques Bergier: el cartesianismo francés se aplicó a instrumentar la irrealidad.

Más allá de las polémicas academicistas, lo cierto es que, dado que se ignoran mecanismos verdaderos —en lo fisiológico: por qué el hombre agrade, camina, ama, se rubo-

riza, llora, sufre sin razones orgánicas—, la fantasía o la recuperación pueden ser caminos válidos. Así como la tecnología acepta el escamoteo prospectivo que le ofrecen los futurólogos, así, también, la ciencia occidental «ortodoxa» impresiona como un edificio majestuoso, pero alzado en un páramo, extrañado del hombre, mirando siempre más allá de una cotidianidad que no comprende.

Hay quienes sugieren un principio de siglo XXI con Japón como líder del mundo capitalista; para conformarlos, los nipones anunciaron, en octubre de 1970, su vuelta a las armas, con la misma cautela pero también con la misma decisión con la que no hace mucho abrió el camino Alemania. En principio —autoridades japonesas dixit— se pergeñará un arsenal defensivo, «aunque estamos en condiciones de fabricar pequeñas y efectivas armas nucleares». Lógico. Un despacho de agencias del 20 de octubre adelantaba que al día siguiente Japón movilizaría 52.000 policías especialmente entrenados para enfrentarse con unos 400.000 manifestantes con motivo del Día Contra la Guerra, «acontecimiento que ha sido de una extrema violencia en los dos años pasados».

El mismo día, Krim Belkacem, ex dirigente del FLN argelino, ex vicepresidente del primer gobierno provisional de su país, era estrangulado en un hotel de Bonn, y, en Quebec, la policía cacheaba hasta a los niños en el velatorio de Pierre Laporte, ministro canadiense asesinado. En Rusia todavía se lloraba a una *hostes* de rostro adolescente, muerta por dos judíos lituanos que secuestraron el avión en el que ella oficiaba, y, volviendo a Canadá, el embajador cubano era

designado mediador entre el Frente de Liberación y las autoridades, un intento —finalmente exitoso— de salvar la vida de Cross, diplomático británico.

Casi 5.000 policías protegían en Nueva York a los «altos dignatarios» que confluían allí, convocados por el de pronto sarcástico XXV Aniversario de la ONU.

En Chile, un ex mayor del ejército era detenido, acusado de intentar el asesinato de Allende. Y esa parte del hemisferio presenciaba los borbolones de resistencia al gobierno popular de Torres, en Bolivia, y la vuelta a foja cero en las relaciones gobierno-peronismo en Argentina. Al mismo tiempo, varios países occidentales —encabezados por Canadá— anunciaban su deseo de reconocer la existencia de China Popular, y hasta el Vaticano se lo situaba entre esos Estados que abrían los ojos.

El Papa, mientras tanto, se había ocupado de condenar el uso de drogas ante una asamblea médica (omitiendo, sin embargo, al tabaco [1] y el alcohol), y los obispos brasileños preferían especificar que «la violencia de la subversión no puede ser enfrentada con la violencia de la represión» (2).

#### LA LETRA, CON SANGRE ENTRA

Los científicos, entre tanto, aseguaban que el 80 por 100 de las proteínas que consumen los norteamericanos provienen de animales tratados con antibióticos durante toda su vida, lo que atentaría contra las barreras inmunológicas que precisa el hombre. Y nadie se preocupaba de esas drogas —antibióticos y otros específicos similares— elaboradas en serie por una industria, la de productos médicos, segunda del mundo en potencial económico después de la de armamentos.

Al mismo tiempo que se condenaba o juzgaba a un ex médico nazi acusado de experimentar sobre indefensos judíos, 150 pacientes de dos hospitales estatales de California eran inyectados, el 15 de octubre, por el doctor David Owen, ex jefe de los servicios médicos de Vacaville, perteneciente al sistema de prisiones, quien se pavoneaba de su hallazgo: la *Succinylcholina*, una droga que paraliza el organismo entero durante dos minutos. Al despertar, la víctima experimenta un gran terror hacia la muerte inminente, y eso, según Owen, «lo fuerza a modificar su comportamiento social» (3).

Hace un año, y bajo la excusa de un «test» sobre memoria y aprendizaje, el profesor Stanley Milgram, de Harvard, explicó a dos sujetos —designados *profesor* y *alumno*— que trataba de aclarar los efectos del «esfuerzo negativo sobre el aprendizaje».

De inmediato, el *alumno* fue ahorrado a una silla con un electrodo en la muñeca. Debía aprender una lista de palabras; si apelaba a una correspondencia errónea —cuando el *profesor* pronunciaba alguno de esos vocablos— recibía una dolorosa descarga eléctrica. Verdadero núcleo del experimento, el *profesor* estaba instalado frente a una

línea de 30 interruptores, que aumentaban su potencia desde 15 hasta 450 voltios, una dosis casi mortal.

Las terribles reglas del juego establecían penas crecientes —en dosis de electricidad— para cada error. Los 75 voltios desataban gruñidos del alumno, que a los 150 clamaba por su liberación y a los 285 entonaba un pavoroso concierto de alaridos.

El alumno es, en realidad, un actor; los interruptores no transmiten corriente eléctrica; el aprendizaje, en fin, no es el objetivo de este estudio. Se trata, más bien, de comprobar «hasta qué punto una persona acata órdenes criminales; cuándo se niega a obedecer al experimentador y cesa de infligir dolor a la víctima». El resultado fue sorprendente y lamentable: los profesores (ejecutivos irreprochables, trabajadores, profesionales, estudiantes) sintieron fuerte repulsión por lo drástico del método, algunos protestaron inclusive, pero la mayoría torturó hasta el último shock al falso mártir de la ciencia.

Para Milgram, eso sustenta su teoría de la banalidad del mal: «Las personas comunes, las que trabajan y no tienen una hostilidad particular, pueden convertirse en agentes de un terrible proceso destructivo». La hipótesis le aclara, además, «las carnicerías nazis perpe-

cita la cibernética, clave del mundo tecnológico. Un grupo de sociólogos, técnicos, médicos y estudiantes aprovechó octubre para discutir, en Boston, sobre la «falta de preparación de la sociedad ante los avances tecnológicos».

Un biólogo molecular del MIT (Instituto de Tecnología de Massachusetts, centro humanístico signado por el paso de Einstein y Norbert Wiener, este último responsable de la cibernética; los dos, empero, aprendices de brujo sobrepasados por sus creaciones, a las que denostaron antes de morir), Salvador E. Luria, Premio Nobel, se preguntó si, lisa y llanamente, no sería mejor «dejarse de investigar».

«Es un problema de ética colectiva y política —aclaró— más que de ética personal». Según Luria, su profesión está permanentemente escindida entre los objetivos intelectuales y las consecuencias de insensatas aplicaciones destructivas. «El problema —explicó— es que la ciencia redobla sus posibilidades en una sociedad que no está preparada para utilizarlas racionalmente. Pero cada científico debe conocer, al menos, las posibles consecuencias de su trabajo. Creo que la mayor responsabilidad que podemos asumir es la de involucrarnos nosotros mismos en el proceso de tomar decisiones».

que a los jóvenes les preocupaba menos el conflicto individual sobre el que se centra el psicoanálisis, que «las enfermedades colectivas nacidas de la frustración de muchos ante el poder de pocos».

Todas las manifestaciones acusatorias podrían ser manejadas por el psicoanálisis ortodoxo, como «resistencias», si no fuera porque en su mismo seno aparecieron ya guerrilleros que se resisten a servir de instrumento adaptador, que dotan de una creciente socialización a sus sistemas y los extrañan del conflicto individual —una causa— para hurgar en efectos que involucran a todos.

Según estos contestatarios, las múltiples y crecientes frustraciones a que se ve sometido el ser humano crean en él un sentimiento de hostilidad cuyo monto llega a ser de tal magnitud que produce un debilitamiento de los mecanismos de control social, comenzando así la elaboración de un plan para el ataque, una estrategia para matar.

Es que los factores subjetivos, «aquellos que hacen hacer las guerras en la mente de los hombres» (Carta Constitucional de la UNESCO), interactúan con elementos objetivos —a veces incontrolables— para configurar un estado de tensión. Algunos de ellos: superpoblación, necesidad de nuevas fuentes

—que alcanzan una cierta estabilidad frente a los acontecimientos que las suscitan— nunca son neutrales. Significan una toma de posición, un estar a favor o en contra. Determinadas por un tiempo histórico, un medio cultural y un contexto social, contribuyen, además, a conformar el «estilo de vida» de un pueblo, la imagen que ese pueblo tiene de sí mismo y de sus vecinos. Esta imagen se cruza con otras, idénticas, y del choque nace la intimidación, el intercambio, la integración.

En Reggio Calabria se libró una guerra aparentemente estúpida en pos de una capitalidad regional que no justifica tanto daño; en realidad, están la mafia y sus dineros para sostener todo el tinglado. Lo mismo ocurre en Irlanda, donde el hábito, la pereza o los intereses informativos (risibles cuando, como en este trajinado octubre/70, buscan entresijos políticos en la destitución del seleccionador soviético de fútbol) insisten en hablar de guerra religiosa, que es más o menos lo mismo que si se reivindicara, en 1970, un carácter únicamente religioso en las Cruzadas. Y no: lo que se juega en Irlanda son problemas sociales y económicos, idénticos a los que enfrentan a negros y blancos o a blancos y menos blancos o blancos pobres, en U.S.A.

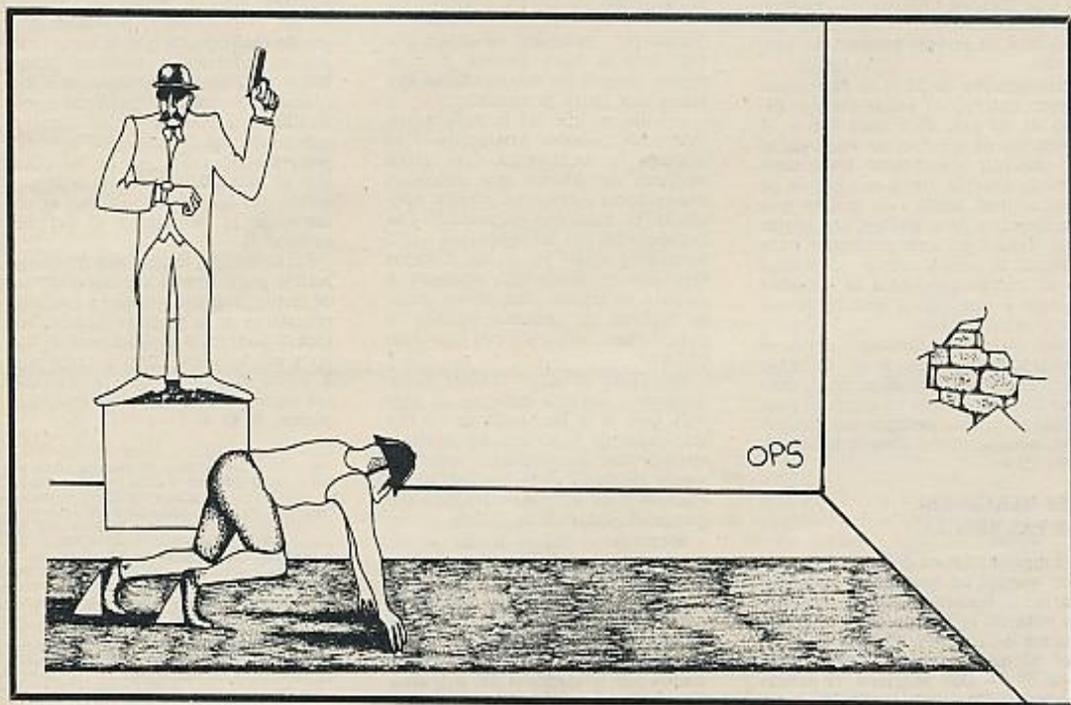
Por eso, un psicoanalista francés —nacionalizado argentino y de fama internacional—, Enrique Pichon-Rivière, pudo escribir: «Si las guerras obedecen a las reglas de un juego de intereses, en el que se manejan conceptos de pérdida y ganancia, la paz se hace accesible a través de una modificación de esas reglas. Promover el desarrollo de un nuevo sistema social, cuyos primeros indicios son aún apenas perceptibles, es la gran tarea de un mundo que aspire a sobrevivir».

#### JAPON: NO A LA ASPIRINA

Hace cinco mil años, en China, se fundó una terapia, la acupuntura, que entiende al hombre como un todo; el desequilibrio de ese todo sería la enfermedad y la puerta que elige ese desequilibrio (manifestación externa del daño) apenas un síntoma. El objetivo, entonces, sería recuperar el estado de gracia perdido.

En el Oeste, en cambio, la medicina en boga prefiere diseccionar. Una hepatitis es para sus señores un hígado enfermo, no un hombre en crisis. En Estados Unidos se protesta ya contra la cirugía mutiladora y de reemplazos, cuyo máximo ejemplo o suprema víctima fue profusamente fotografiado hace cinco años: un hombre al que, en sucesivas visitas al quirófano, habían dejado convertido en un tronco y nada más.

Cuando, después de la guerra, Estados Unidos colonizó el Japón, resultó ser más fácil imponer las bebidas sin alcohol que la aspirina. Es que los acupuntores resolvían, casi gratis y en pocos segundos, cualquier manifestación dolorosa. Una de ellas, la neuralgia del trigémino, es todavía un enigma para la medicina de específicos, que halló hasta ahora uno sólo (carlismo, lo fabrica un laboratorio suizo) para



tradas por pacíficos burócratas amantes de Beethoven». El imperativo ciego suele respaldarse en la obediencia ciega a instituciones u organizaciones sociales (partido, fuerzas de seguridad, administración) que a su vez respaldan y representan el poder.

#### BASTA DE CIENCIA, BASTA

Un poder de 20.000 millones de dólares —manejados en su casi totalidad por USA— es el que con-

(La propuesta, aparentemente sana, es el prólogo para una definitiva tecnocracia.)

#### EL PSICOANÁLISIS ADAPTADOR

Ya Herbert Marcuse había acusado a otra técnica científica, el psicoanálisis, de comprobar el carácter alienante de esta sociedad y, sin embargo, adaptarla a los individuos para que se inserten en ella. Y Anna Freud, hija del maestro vienés, reconocía hace cinco años

de recursos naturales —que obran en la psiquis alimentando la frustración y la agresividad—, necesidad económica de colocar «excesos de producción». Nace así la expectativa de guerra, indicio de que los mecanismos internos de control de hostilidad se han vuelto más frágiles.

La dinámica de las relaciones internacionales surge de la suma y la relación entre las actitudes o juicios de valor sustentados por distintas naciones. Estas actitudes colectivas

enfrentarla, de poca acción local y de difusas y peligrosas agresiones generales: suscita hasta shocks alérgicos.

Aplastada por el juego de intereses, la acupuntura (como la homeopatía) se ve confinada a una relativa oscuridad: su pecado consiste en no recetar. Cualquier médico sabe de la influencia psicológica de ese bombardeo policromo de publicidad y muestras que desatan sobre él los laboratorios, empresas que si bien eluden habitualmente el anuncio tradicional, llegan a él por caminos más sutiles.

**DESCONTAMINANDO CON NAPALM**

Pero ocurre que la vida no acepta trampas, y las loas al progreso científico resultan trizadas por esta medieval pandemia de cólera que, tras unos días de silencio, se acercó más a Occidente en octubre, gesticulando desde Turquía sus connotaciones de subdesarrollo e impotencia sanitaria.

En mayo de 1968, en París, una revolución sin antecedentes demasiado cercanos sirvió como detonante a una quiebra de las reglas del juego, la misma que alarma hoy a los bienpensantes (hoy, pocos meses después de ese octubre en que se juzgó al ingeniero de treinta y un años Alain Geismar, triunfiro en mayo, junto con Sauvageot y Cohn Bendit), y, desde el secuestro y muerte de Laporte, testifica que «esas maneras» no son patrimonio del subdesarrollo sudamericano u oriental.

La revolución de París tiró una recta, respunteada después por diversos acontecimientos que engloban desde la revolución peruana hasta la revelación espectacular del «estilo de vida» de los refugiados palestinos. Una revolución ética, que pende en ese adolescente francés quemado como un trabajo frente a la carpintería en que trabajaba y cuyo dueño —en complicidad con su padre— le obligó a raparse la cabeza.

Y encarna tanto en el joven bonzo checoslovaco de hace un par de años como en los estudiantes norteamericanos que repudian a los public relations que Dow Chemical introduce en las Universidades para «dialogar y convencer». Dow, fabricante del napalm que incendia vietnamitas, ha comunicado hace poco al público que está «... trabajando activamente para mejorar la calidad del ambiente». Su actitud casa con la de General Research Corporation, proveedora también de instrumentos bélicos, que anuncia su «experiencia investigadora en el terreno militar» (que) «nos ayudará a resolver los problemas del ambiente». «Entre el cenagal y el agua pura que usted bebe —se enroló otra firma— está funcionando un aparato Westinghouse».

**LA REVOLUCION ETICA**

El profesor español Ricardo Díez Hochleitner dijo hace unos meses, a los jóvenes aglutinados por un congreso que se celebró en México, que veía en la juventud un solo propósito, el de retornar a un ordenamiento ético de la sociedad. Con otras palabras, Marcuse ponía en manos de los estudiantes («los verdaderos marginados hasta tanto no ingresan al engranaje») la llave de una revolución que había escapado

ya al control de la clase proletaria, «que ambiciona insertarse en la misma sociedad de consumo que la consume».

El cambio de las reglas del juego que tanto molesta a los funcionarios de las Naciones Unidas es relativo. Varían, en todo caso, los instrumentos de poder. Y es lógico que la violencia ejercida por un grupo marginal y pobre ha de ser menos discreta que la desatada por el gobierno de un país rico.

Frente al fantasma de la contaminación, o a sus instancias, se levantó el de la guerra biológica. USA, que removió tales miedos con el largo convoy destinado a ensuciar el mar de gases letales, aceptó la sugerencia —sin fecha prevista— de actualizar las limitaciones internacionales sobre utilización de armas biológicas —sobrepasadas por los nuevos productos—, siempre que se excluyera de lo prohibido al napalm con el que riegan Vietnam, y hasta al mace (es capaz de producir ceguera definitiva; daña irreversiblemente los pulmones) con el que disuelve manifestaciones civiles su policía.

El primero de diciembre de 1955, en un autobús de Montgomery (Alabama), la negra Rosa Parkers quebrantó las disposiciones legales al negarse a ceder un asiento a un hombre blanco; los disturbios subsiguientes fueron sellados por un boicot negro al transporte público del Sur, que se prolongó 381 días. Lo dirigió Martin Luther King, que el 4 de abril de 1968 moriría asesinado, llevándose con él la última posibilidad de arreglo pacífico del problema.

En octubre de 1970, el Presidente Nixon entregó al único general negro de su país, Benjamin Davis, el comando de las fuerzas encargadas de prevenir y enfrentar los secuestros de aviones. Davis es ejemplo de una actitud negra —la misma que enriqueció a Mrs. Walker, una mujer que elaboró en serie productos para aclarar la piel y estirar el pelo—: la de reconocimiento a la sociedad blanca y sumisión a ella como vía para ser aceptado.

Del otro lado, ideólogos como el esesinado Malcolm X o Eldridge Cleaver (y hasta, a su manera, Cassius Clay) prefieren profundizar esas diferencias que siempre les dilataron, pero al revés: «Black is beautiful», dicen.

**LOS MERCADERES DE LAS REGLAS**

Empecinados en que los detengan por vender un periódico, Jean-Paul Sartre y Jean-Luc Godard pusieron en ridículo al Estado francés, a mediados de octubre. ¿Reglas del juego? El día en que fue secuestrado —se dice— Dan Mitrone, el policía norteamericano muerto en Uruguay, se preparaba a desatar una campaña a fondo para acabar con los tupamaros.

Son signos, interjuegos. El conocimiento humano se duplica cada quince años; el 90 por 100 de los científicos que conoció la Humanidad vive actualmente: desde 1450 en que se la inventó, hasta 1950, la imprenta acuñó tantos libros como desde 1950 hasta la fecha. En 1910 un psiquiatra podía saberlo todo sobre su especialidad; hoy, apenas puede adentrarse en el conocimiento de un tema, de un subrenglón.

El hombre es uno: una totalidad relacionada con un medio al que influye y por el que resulta condicionado; frente a eso, cierta culturización se parece demasiado a una forma de colonialismo, a un escamoteo (Mac Namara pidiendo, en nombre del Banco Mundial, que los subdesarrollados no tengan hijos ni se tecnifiquen); las reverencias ante la creación científica, ante los abstrusos y largos nombres médicos, son, a su vez, escarceos de una tecnocracia larvada que no osa decir su nombre.

Y este artículo, en fin, es otra buena síntesis: maniqueo, producto y víctima de la objetiva información que maneja, podría ser dado vuelta del revés y aplicado a elogiar el progreso técnico, la preocupación de las empresas por descontaminar; puesto a proveer anatemas contra los asociados.

Y no es auto crítica, porque los datos que aquí se reúnen están en los periódicos madrileños, casi todos los publicaron en octubre de 1970; si acá toman una dirección o eligen una fuerza es porque el esquema informativo está viciado también por la acumulación de noticias y el atiborramiento.

Ocurre que escribir o leer lo que aquí se cuenta equivale a reconocer —a través de otro estilo de acumulación— que Marshall McLuhan no se equivocó demasiado y que así como el hombre se ve enfrentado a su desaparición y a la del propio planeta que habita, justo en el momento en que más medios de control y de conocimiento ha elaborado (4), también su literatura frecuenta la letra muerta precisamente cuando las imprentas se atisgan con tanta producción.

«El día en que las lanzaderas tejan solas —soñó Aristóteles— se acabará la esclavitud». Los 20.000 millones de dólares que auspician ordenadores autómatas, ¿sirven para abolir la moderna esclavitud? Los desocupados por las máquinas —una verdadera clase, ya, en los Estados Unidos— lo único que obtienen a cambio es tareas subalternas como la hechura de caminos inútiles o humillantes subvenciones de «parados».

Planificar el ocio —nuevo maniqueísmo— debiera consistir en algo más que en la búsqueda de un Golem capaz de jugar con los adultos: tendría que acompañarse con una nueva ideología en la que fueran las ideas —y no el pan— quienes exigieran el sudor de la frente.

Mientras el lujoso diván de un psicoanalista no acoge más que unas dos docenas de personas cada cinco años, los hospitales neuropsiquiátricos conservan su carácter de almacenes medievales y, como si eso fuera poco, la veintena de agraciados por la atención del psicoanalista logra, a cambio de su constancia, una reinserción hecha de amputaciones para sobrevivir en una organización que es, a la vez, causa de sus deterioros.

Los médicos clínicos, por su parte, tecnifican el diagnóstico soñado con la meta dorada de recetar por teléfono y, al mismo tiempo, instrumentan sistemas irracionales —como los trasplantes— que aun estandarizados no servirían más que a una élite y ni siquiera demasiado: son el símbolo exacto de una concepción a veces reparadora, mutilante y dogmática, nunca preventiva.

Se sabe que el cáncer es una locura celular, pero se ignora a qué obedece el simple dolor de espaldas que aqueja a un oficinista casi a diario. La gripe, el dolor de cabeza, los resfriados, son otros tantos azarosos testimonios del fracaso de una disciplina que olvidó a Hipócrates —quien entendía la curación como finalidad primera y se paseaba entre el pueblo, interrogándolo para saber qué plantas, qué artilugios utilizaban sus brujos para curar— en beneficio de un supuesto galeno disecionador; olvidando que el hombre es un equilibrio de órganos y no la víctima de un hígado o de un corazón o de un cerebro, máquinas maravillosas, pero cuya actividad en el vacío no le interesa más que al cardiólogo, al neurocirujano o al gastroenterólogo.

Y los popes de esta medicina, denostadores de otras técnicas curativas, olvidan que hace menos de un siglo la suya recetaba cauterios y sangrías. Se obtienen de denunciar la sospechosa similitud que existe entre tantos específicos de distinto nombre y hasta la inocuidad de muchos —y carísimos— medicamentos. Hizo falta una, bien orquestada campaña de los azucareros yanquis para desterrar los dulcorantes; nadie se preocupa, sin embargo, por estudiar prolijamente los específicos que se venden sin receta ninguna, en cualquier farmacia.

Y ni falta que hace: por cada Eldridge Cleaver revulsivo que encuentra el movimiento negro, los racistas blancos hallan su Sidney Poitier complaciente; por cada gragea de thalidomide que es incautada por las autoridades, miles de placebos o píldoras letales ingresan a los anaqueles farmacéuticos. Y así como mundo con ciencia no es igual a conciencia del mundo, este artículo pretende diferenciarse de aquellos que se escandalizan frente a la polución del aire y claman por el retorno de la bicicleta y el fin del automóvil.

En todo caso, la pequeña moraleja podría pedir que el análisis —divisa de tanto progreso— cediera sus prerrogativas a la síntesis. Recién entonces podremos diagnosticar el daño y sus agentes. Curar y curarnos. Y hasta es posible que la solución sea equivalente a un metafísico trasplante. ■ O. C.

(1) El 21 de octubre el Departamento de Salud inglés difundió la cifra de muertos que, al año, causa el tabaco en Gran Bretaña: cien mil. (El año apasado eran setenta y cinco mil.) Diez veces más muertos que en accidentes de automóvil. «Toda campaña de publicidad —18 millones de libras anuales— destinada a promover cigarrillos debería ser prohibida», dijo sir George Godberg, titular del Departamento de Salud. Las enfermedades agravadas por el tabaco, añadieron los expertos, cuestan al país 190.000 horas de trabajo anuales. El Real Colegio de Médicos de Gran Bretaña aseguró que se enrolaría en la cruzada anti tabaquista.

(2) El mismo día, Pablo VI dotaba de un formidable apoyo a la protesta obispa brasileña al declarar: «Las torturas policiales deben ser abiertamente condenadas; inspiran sentimientos contagiosos de odio y de venganza...». «No estamos con la guerra: estamos con la paz y con el amor».

(3) «Con la colaboración de un Banco, un ladrón convicto podría ser sometido a un entrenamiento apoyado en drogas —como las que convence a toxicómanos o alcohólicos— que le provocarían náuseas con sólo ponerle frente a un Banco o una pistola». Sugerencia del psicólogo Barry Singer, en la revisión de la Ley de California (21/X/70).

(4) Veintuno de octubre de 1970: «Ya», página 5: «La NASA trata de determinar la edad y el origen de la Luna». Página 11: «Peligro de infarto delante del televisor».